

Agresiones sexuales en población universitaria: El papel del alcohol y de los mitos sobre la violación

Sexual Aggressions in College Students: The Role of Alcohol and Rape Myths

Mónica Romero-Sánchez y Jesús L. Megías
Universidad de Granada, España

ABSTRACT

In this paper we attempt to show the most significant aspects in the literature on sexual assaults in college students. Specifically, this review focuses on the role of alcohol and the myths or beliefs about rape, as some of these factors produce great negative impact on victims, decreasing their motivation to report incidents, and increasing self-blaming. The work is organized in three sections: a) reviewing the problem, b) the role of alcohol in the occurrence of sexual violence, and c) the influence of erroneous beliefs and myths built around the rape. Finally, some reflections are made on the efforts that must be done by research, to get a better understanding of the occurrence of sexual assaults on university population, in order to develop prevention and intervention programs more effective.

Key words: Sexual aggression, rape myths, alcohol, social attitudes, college students.

RESUMEN

En este trabajo se intentan mostrar los aspectos más significativos existentes en la literatura sobre las agresiones sexuales en el ámbito universitario. En concreto, esta revisión se centra en el papel del alcohol y los mitos o creencias sobre la violación, por ser éstos unos de los factores que mayores consecuencias negativas producen en las víctimas, disminuyendo su motivación para denunciar los hechos e incrementando la autculpabilización. El trabajo se organiza en tres apartados: a) la magnitud del problema, b) el papel del alcohol en la ocurrencia de la violencia sexual, y c) la influencia de los mitos o creencias erróneas construidas en torno a la violación. Finalmente, se presentan algunas reflexiones sobre los esfuerzos que deben seguir realizándose desde la investigación para tener una mejor comprensión de la ocurrencia de agresiones sexuales en población universitaria, en aras a desarrollar programas de prevención e intervención más eficaces.

Palabras clave: Agresión sexual, mitos sobre la violación, alcohol, actitudes sociales, población universitaria.

Artículo recibido/Article received: Septiembre 2, 2008/September 2, 2008, Artículo aceptado/Article accepted: Octubre 15, 2008/October 15, 2008

Dirección correspondencia/Mail Address:

Mónica Romero Sánchez, Facultad de Psicología. Universidad de Granada. Campus Cartuja, s/n. 18071. Granada, España. e-mail: monicaromero@ugr.es. Jesús L. Megías, Facultad de Psicología. Universidad de Granada. Campus Cartuja, s/n. 18071. Granada, España. e-mail: jlmegias@ugr.es

International Journal of Psychological Research esta incluida en PSERINFO, Centro de Información Psicológica de Colombia, GOOGLE SCHOLARS y DIALNET. Algunos de sus artículos están incluidos en Social Science Research Network y está en proceso de inclusión en diversas fuentes y bases de datos internacionales.

International Journal of Psychological Research is included in PSERINFO, Centro de Información Psicológica de Colombia, GOOGLE SCHOLARS and DIALNET. Some of its articles are included in Social Science Research Network, and it is in the process of inclusion in a variety of sources and international databases.

Según el Informe Mundial sobre Violencia y Salud, la violencia sexual puede definirse como “todo acto sexual, la tentativa de consumar un acto sexual, los comentarios o insinuaciones sexuales no deseados, o las acciones para comercializar o utilizar de cualquier otro modo la sexualidad de una persona mediante coacción por otra persona, independientemente de la relación de ésta con la víctima, en cualquier ámbito, incluidos el hogar y el lugar de trabajo” (Organización Panamericana de Salud, 2003, p.161). Aunque es difícil conocer con exactitud el número de mujeres que sufren este tipo de violencia, se estima que a nivel global una de cada cuatro es sometida a algún acto de esta naturaleza a lo largo de su vida (Ellsberg, 1997; Hakimi, Hayati, Marlinawati, Winkvist, & Ellsberg, 2001; Mooney 1993). En Colombia, según el Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses de Medellín (INML y CCFF), durante el 2005 se registraron 18.474 dictámenes sexológicos, 562 (17,9%) casos más que en el 2004. El 84,2% de las víctimas fueron mujeres, lo que implica que por cada cinco mujeres víctimas, un hombre, generalmente niño, fue víctima de esta violencia (INML y CCFF, 2008). Sin embargo, lejos de disminuir esta cifra, las estadísticas indican que los casos de violencia sexual contra las mujeres que salen a la luz van en alza. En el informe sobre dictámenes sexológicos del primer trimestre de 2007, se registraron 4.395 casos de agresiones sexuales a mujeres. Según estos datos del INML y CCFF (2008), el mayor porcentaje de mujeres víctimas son menores de 18 años (70,6%), siendo la población más afectada las niñas entre los 10 y 14 años (42%). Por otra parte, las cifras indican que el 66,7% de las agresiones sexuales hacia mujeres se produce en el seno familiar, siendo el agresor, en el 80% de los casos, una persona conocida por la víctima.

En numerosas ocasiones, la violencia sexual que sufren las mujeres va íntimamente ligada a la violencia física y psicológica que padecen en sus relaciones de pareja. Según los datos aportados en el estudio multipaís realizado por la Organización Mundial de la Salud (Krug, Dahlberg, Mercy, Zwi, & Lozano, 2002), en México y en Estados Unidos entre el 40% y el 52% de las mujeres cuyo compañero íntimo ejerce violencia física hacia ellas, también han sido obligadas por éste a mantener relaciones sexuales (Campbell & Soeken, 1999; Granados, 1996). No obstante, la violencia sexual también puede aparecer sin ir acompañada de la violencia física habitual (Hakimi, et al., 2001). Por ejemplo, en el estado de Uttar Pradesh (India), el 7% de los integrantes de una muestra representativa de más de 6.000 hombres informaron haber maltratado física y sexualmente a sus esposas, pero el 22% manifestaron que habían ejercido violencia sexual sin emplear la violencia física y el 17% dijeron que sólo habían empleado la violencia física (Martin, et al., 1999). Numerosos trabajos indican que la agresión sexual contra las mujeres en el seno de la pareja no es infrecuente ni tampoco exclusiva de una región del mundo en particular. Por ejemplo, el 23% de las

mujeres del norte de Londres informaron que alguna vez en su vida habían sido víctimas de violación o intento de violación por parte de su pareja, cifras semejantes a las encontradas en otros lugares del planeta: 23% en Guadalajara (México), 21,7% en León (Nicaragua), 22,5% en Lima (Perú) y 25% en la provincia de Midlands, en Zimbabwe (Ellsberg, 1997; Hakimi, et al. 2001; Mooney, 1993; Tjaden & Thoennes, 1998). Diferentes encuestas nacionales también han evaluado esta prevalencia de agresiones sexuales hacia las mujeres por parte de sus parejas: los datos disponibles señalan cifras del 8% en Canadá, del 14,2% en Inglaterra, Gales y Escocia (combinadas), del 5,9% en Finlandia, del 11,6% en Suiza o del 7,7% en Estados Unidos (Krug, et al., 2002).

A pesar de que las mujeres corren un mayor riesgo de sufrir violencia por parte de sus parejas que por parte de otras personas, la violencia sexual infligida fuera de la pareja es común en numerosos escenarios (Organización Mundial de la Salud [OMS], 2006). Es difícil hacer estimaciones reales de la prevalencia de la violencia sexual perpetrada por extraños, porque en numerosas sociedades la violencia sexual sigue siendo fuente de profunda vergüenza para las mujeres y sus familias y ello lleva a que no se denuncien dichas agresiones.

El estudio sobre violencia doméstica llevado a cabo en diferentes países por la OMS (2006) demostró que la proporción de mujeres que habían sufrido violencia sexual fuera de la pareja después de los 15 años de edad variaba desde menos del 1% en Etiopía y Bangladesh hasta el 10% y el 12% en Perú, Tanzania y Samoa. Esas comprobaciones son análogas a las que provienen de datos sobre otros países recogidos en el mismo informe. Por ejemplo, en Nueva Zelanda y Australia se ha demostrado que entre el 10% y el 20% de las mujeres han experimentado diversas formas de violencia sexual infligida por alguien que no era su pareja, entre ellas, tocamiento sexual no deseado, tentativa de violación y violación.

La violencia en una cita es una más de las formas de violencia sexual que sufren las jóvenes por alguien que no es su pareja. En Canadá, por ejemplo, un estudio sobre adolescentes de 15 a 19 años comprobó que el 54% de ellas habían sufrido “coerción sexual” en una cita (Byers, Sears, Whelan, & Saint-Pierre, 2000). Un estudio realizado en Estados Unidos en el año 2000 permitió comprobar que la tasa media de prevalencia de la violencia en una cita era del 22% para los estudiantes de nivel secundario y el 32% para las estudiantes del primer nivel universitario (Centers for Disease Control and Prevention, 2000). Las investigaciones realizadas en Estados Unidos también llevaron a la comprobación de que el 8,3% de las mujeres habían sido víctimas de agresión física, violación o acecho por la persona con la que tenían una cita (Slashinski, Coker, & Davis, 2003).

AGRESIONES SEXUALES ENTRE UNIVERSITARIOS

Aunque las agresiones sexuales suelen ocurrir en las distintas etapas de la vida, los datos muestran que son especialmente significativas en la adolescencia y en la juventud (Abbey, 1991; Benson, Charlton, & Goodhart, 1992; Bureau of Justice Statistics, 1995; Dull & Giacompassi, 1987; Frinter & Rubinson, 1993; Koss, Gidycz, & Wisniewsky, 1987; Rapaport & Burkhart, 1984). En EEUU, por ejemplo, se estima que aproximadamente un cuarto de las violaciones ocurre entre universitarios (U.S. Bureau of the Census, 1996).

Uno de los primeros estudios que intentó conocer la incidencia de las agresiones sexuales entre población universitaria fue el llevado a cabo por Kirkpatrick y Kanin (1957), quienes investigaron una muestra compuesta por 291 universitarias pertenecientes a 22 universidades norteamericanas. El 28% de las chicas declaró haber experimentado algún tipo de agresión sexual en citas con compañeros durante el año previo al estudio. Posteriormente, Koss, et al. (1987) realizaron un estudio similar, pero en este caso con una muestra mucho mayor compuesta por 3.187 mujeres y 2.972 hombres, procedentes de 32 universidades de EEUU. Para evaluar la incidencia de las experiencias sexuales no consentidas, utilizaron cuestiones específicas sobre comportamientos sexuales forzados, coerción o presión verbal con fines sexuales, intento de violación y violación. Sus resultados mostraron que desde los 14 años, un 15% de mujeres reconocía haber experimentado algún acto que encajaba dentro de la definición legal de violación y un 12% había sido víctima de algún intento de violación. Igualmente el 54% de las mujeres declararon haber experimentado alguna forma de agresión sexual, de la cuales el 84% de ellas conocían a su agresor. Por otra parte, también encontraron que el 57% de las agresiones sexuales habían ocurrido en citas. Cifras similares han sido encontradas por otros investigadores en distintas universidades norteamericanas (véase, por ejemplo, Abbey, Ross, McDuffie, & McAuslan, 1996a; Kalof, 1993; Mills & Granoff, 1992; Muehlenhard & Linton, 1987; Neal & Mangis, 1995).

Diversos autores han sugerido que el ambiente universitario contribuye a esta alta incidencia de agresiones (e.g., Cooper, 2002; Presley, Meilman & Leichter, 2002; Wood & Sher, 2002). La experiencia universitaria es vista como una “etapa de exploración” en la que los universitarios se alejan, por primera vez en muchas ocasiones, de la vida en familia y comienzan a vivir en campus y pisos de estudiantes. Frecuentemente, celebran su “emancipación” mediante fiestas en las que suele estar presente el alcohol, las drogas (Bell, Wechsler, & Johnston, 1997) y el sexo casual (Douglas, et al., 1997), factores asociados con la ocurrencia de agresiones sexuales, especialmente entre universitarios (Abbey, 2002; Messman-Moore & Long, 2002; Testa & Dermen, 1999;

Testa & Parks, 1996).

Resulta cuando menos preocupante observar que más de un 50% de mujeres universitarias son víctimas de alguna forma de agresión sexual y un 25% denuncian haber sufrido violaciones o intentos de agresión sexual (Benson, Charlton, & Goodhart, 1992; DeKeserdy, Schwartz, & Tait, 1993; Koss, et al., 1987); en comparación, sólo un 25% de hombres admiten haber cometido algún tipo de agresión sexual (Benson, et al., 1992; Koss, et al., 1987; Koss & Oros, 1982; Shotland & Goostein, 1983). Estos datos, obtenidos con población americana, sugieren que hombres y mujeres tienden a interpretar el mismo hecho de forma diferente. Koss (1988) sugirió que esta diferencia entre agresores y víctimas puede ser debido a que los hombres interpretan el rechazo de las mujeres, a mantener relaciones sexuales, como vago, ambiguo o fingido y ello les lleva a pensar que su agresión no fue una violación sino un acto de seducción.

EL PAPEL DEL ALCOHOL EN LAS AGRESIONES SEXUALES ENTRE UNIVERSITARIOS

Uno de los factores de riesgo que mayor interés ha despertado en torno a las agresiones sexuales entre universitarios es el uso-abuso de alcohol por parte de la víctima, agresor o ambos (Abbey, 2002; Cooper, 2006; Greene & Navarro, 1998; Harrington & Leitenberg, 1994; Koss, 1988; Miller & Marshall, 1987; Muehlenhard & Linton, 1987; Presley, Meilman, Cashin, & Leichter, 1997; Seifert, 1999; Stermac, Du Mont. & Dunn, 1998; Ullman, 2003).

El alcohol es señalado como uno de los factores de mayor riesgo en la ocurrencia de violaciones y está ciertamente presente en una amplia proporción de incidentes sexuales: aproximadamente la mitad de las agresiones sexuales son cometidas por hombres que previamente habían ingerido alcohol (Abbey, Ross & McDuffie, 1994; Crowell & Burgess, 1996) mientras que, en el caso de las mujeres, entre un 30% y un 79% declaran haber ingerido alcohol al mismo tiempo que su agresor (Abbey, et al., 1994; Crowell & Burgess, 1996). Por su parte, Koss (1988) informó que el 74% de los perpetradores y el 55% de las víctimas de violación, seleccionado de una muestra nacional estadounidense, se encontraban bajo los efectos del alcohol. También se sospecha que el uso del alcohol incrementa la probabilidad de agresiones sexuales entre conocidos durante las interacciones sociales (Abbey, 2002). Entre jóvenes universitarios, diferentes estudios han puesto de manifiesto que el abuso de alcohol también está asociado con al menos el 50% de los abusos sexuales cometidos (Abbey, McAuslan, & Ross, 1998; Greene & Navarro, 1998; Harrington & Leitenberg, 1994; Koss, 1998; Miller & Marshall, 1987; Muehlenhard & Linton, 1987; Presley, et al., 1997).

Rachel Lev-Wiesel (2004) encontró que el 70% de los participantes de una muestra universitaria consideraban

que las normas compartidas por el grupo de iguales influían en el desarrollo de conductas que desembocaban en la comisión de agresiones sexuales. Estas normas aparecen mayoritariamente en fraternidades y colegios mayores, donde los jóvenes son alentados a consumir alcohol y otro tipo de sustancias y a cometer diversos tipos de agresiones con el fin de ser socialmente aceptados. En el caso concreto de las agresiones sexuales, la autora encontró que en un intento por resolver la disonancia interna que aparece en el individuo sobre la capacidad de cometer este tipo de agresiones, estos sujetos acaban cambiando el concepto de violación, como delito por violación, por aventura y experiencia arriesgada.

En un estudio llevado a cabo por Moler-Kuo, Dowdall, Koss y Wechsler (2004) se encontró que una de cada 20 universitarias habían experimentado algún acto de violación desde el inicio del curso. Un 72% de estas violaciones ocurrieron cuando las víctimas estaban bajo los efectos del alcohol y, por lo tanto, eran incapaces de oponerse a tales agresiones. Ciertas mujeres presentaban un mayor riesgo de ser violadas, particularmente aquellas que pertenecían a colegios universitarios o a fraternidades. Estos datos también permiten reflejar la realidad que se vive dentro de las fraternidades. En el caso de los hombres, se observa que los colegios mayores o asociaciones universitarias atraen a aquellos universitarios que más alcohol consumen, y dichos niveles de intoxicación predicen la comisión de agresiones sexuales. Pertenecer a una fraternidad posibilita el hecho de conocer a más hombres que consumen grandes cantidades de alcohol, y en dichas circunstancias la probabilidad de ocurrencia de violaciones es más alta. Las normas del grupo de iguales, dentro de este tipo de congregaciones, son beber de forma abusiva, actuar de forma desinhibida y mantener relaciones sexuales casuales.

Se han propuesto diversos mecanismos que podrían explicar la relación entre el uso-abuso de alcohol y la mayor probabilidad de comisión de agresiones sexuales. Entre ellos destacan el papel de las creencias sobre los efectos producidos por el alcohol (Abbey, McAuslan, McDuffie, Ross, & Zawachi, 1995; Brown, Goldman, Inn, & Anderson, 1980; Crowe & George, 1989; Leigh, 1987; Mooney, Fromme, Kivlahan, & Marlatt, 1987; Ratliff & Burkhart, 1984) y el de los déficits cognitivos que produce en quien lo ingiere (Scully, 1991; Ward, Keenan, & Hudson, 2000).

En relación con el primero de estos mecanismos, las personas tienden a sostener la idea de que el alcohol incrementa la sexualidad y, en particular, los hombres esperan, en mayor medida que las mujeres, contactos sexuales más intensos tras una cita en la que estuvo presente el alcohol (Crowe & George, 1989). Además, muchos hombres esperan sentirse más poderosos, desinhibidos y agresivos después de beber alcohol (Brown, et al., 1980). De hecho, aquellos universitarios que han cometido alguna agresión sexual cuando estaban bebidos

esperaban que el alcohol incrementara la sexualidad masculina y femenina más que aquellos agresores que han llevado a cabo violaciones estando sobrios (Abbey, Ross, McDuffie, & McAuslan, 1996b). Se ha observado que dichas expectativas pueden tener poder por sí mismas, independientemente de los efectos farmacológicos que produzca el alcohol, es decir, las expectativas sobre los efectos del alcohol pueden auto-cumplirse. Así, si un hombre se siente poderoso y sexual después de ingerir alcohol es más probable que interprete la conducta amistosa de una mujer como un signo de intención sexual y ello le lleve a sentirse más seguro a la hora de usar la fuerza para obtener sexo. Ejemplo de ello es el estudio llevado a cabo por Norris & Kerr (1993) en el que midieron la influencia de las expectativas en las percepciones de la conducta sexual. Para ello a una muestra de hombres se le dio a leer una historia en la cual se mostraba a un hombre forzando sexualmente a una mujer. Los participantes informaron que ellos probablemente actuarían como el hombre de la historia si estuviesen bajo los efectos del alcohol, pero no estando sobrios, sugiriendo que podían imaginarse a sí mismos cometiendo una agresión sexual si previamente habían ingerido alcohol. Los hombres que poseen este tipo de expectativas puede que se sientan más legitimados para forzar a mujeres a mantener relaciones sexuales cuando están bebidos, porque de esta forma les es más fácil justificar su conducta atribuyéndola a los efectos producidos por el alcohol (Kanin, 1984).

También se ha apuntado a las creencias asociadas a los roles de género tradicionales, los cuales suelen conllevar un doble estándar en relación a la ingesta de alcohol: los hombres bebidos tienden a ser vistos más positivamente que las mujeres; sin embargo, aquellas mujeres que beben son a menudo percibidas como sexualmente disponibles y promiscuas (Abbey, et al. 1996b; Crowe & George, 1989; George, Gournic, & McAfee, 1988; Richardson & Campbell, 1982). Por ejemplo, George, Cue, Lopez, Crowe, & Norris (1995) llevaron a cabo un estudio en el que presentaron a una muestra de estudiantes universitarios un escenario donde se representaba una cita. En el caso de la mujer, cuando bebía varias cervezas era percibida como más promiscua, más fácil de seducir y más predispuesta a mantener relaciones sexuales que cuando era representada tomando bebidas refrescantes.

Por otro lado, George, Stoner, Norris, Lopez y Lehman (2000) describieron una acción sinérgica entre las expectativas sobre los efectos de desinhibición sexual del alcohol y lo que se conoce como “efecto de miopía del alcohol”. Este efecto fue descrito por Steele y Josephs (1990) en la teoría que lleva el mismo nombre. De acuerdo con la teoría de la miopía del alcohol, en una situación de alto riesgo el consumo de bebidas alcohólicas constriñe la atención hacia aquellos factores más salientes del entorno. Así, cuando una mujer se encuentra ingiriendo alcohol en un entorno cargado de componentes sexuales, las

expectativas positivas que pueda tener con relación a los efectos que el alcohol produce en la desinhibición sexual interactúan con los efectos miópicos producidos por tal ingesta, restringiendo su atención a aquellas señales sexuales del ambiente, en contraposición con aquellas otras relacionadas con la amenaza de una posible agresión sexual. Esto lleva a la hipótesis de que un consumo excesivo de alcohol y las expectativas positivas que se tienen sobre él, pueden potenciar el riesgo de la mujer a ser víctima de una agresión sexual. En el caso del agresor, Steele y Josephs señalaron que el consumo excesivo de bebidas alcohólicas produce un sesgo atencional-interpretativo respecto a los estímulos ambiguos. Así, aquellos hombres que están interesados en mantener relaciones sexuales, tenderán a interpretar las señales ambiguas de las mujeres como más sexuales, malinterpretando conductas que demuestran tan sólo amistad (p.e. “si ella sonríe es porque se siente atraída por mí”) e ignorando o minimizando las evidencias que contradigan lo que ellos desean (p.e. “ella retrocedió cuando la toqué, puede que sea tímida”).

Por último, también hay que resaltar que el alcohol provoca una serie de déficits cognitivos y motores en aquellas personas que lo ingieren en exceso. Por ejemplo, las víctimas intoxicadas son menos capaces de encontrar una salida a las situaciones que implican agresiones sexuales y están menos capacitadas para utilizar estrategias de resistencia ante los avances de su agresor (Abbey, et al., 1996b; Harrington & Leitenberg, 1994). Aquellos hombres que han cometido agresiones sexuales informan que es muy difícil para las mujeres oponerse a los avances e intentos sexuales de los hombres cuando están bebidas, por lo que ellos intentan que ingieran alcohol como estrategia para obtener sexo (Kanin, 1985; Mosher & Anderson, 1986).

No obstante, aunque los estudios hayan proporcionado una amplia cantidad de datos que sitúan al alcohol como factor de riesgo, es necesario considerar con cautela el rol del mismo en la incidencia de agresiones sexuales. El uso del alcohol por parte de la víctima y del agresor de forma previa a la agresión, tiende a interactuar con otras variables situacionales, conductuales y del agresor (agresividad del perpetrador, aceptación de mitos sobre la violación, resistencia de la víctima, situaciones sociales de riesgo, etc.). Diversas teorías apuntan que los riesgos de victimización se incrementan cuando hay una convergencia de situaciones de riesgo (oportunidades estructurales), víctimas potenciales (mujeres atractivas) y agresores motivados (véase Meier & Miethe, 1993, para una revisión). Beber en situaciones de riesgo, como fiestas, puede exponer a las potenciales víctimas a agresores motivados, dando lugar a incrementos del riesgo de ataque y aparición de resultados más perniciosos (heridas, violaciones completas, etc.).

EL PAPEL DE LOS MITOS EN LA PERCEPCIÓN SOCIAL DE LAS AGRESIONES SEXUALES

Como ya hemos señalado, las estadísticas muestran el gran número de agresiones sexuales que ocurren diariamente en el mundo. Sin embargo, se estima que sólo se denuncian entre un 10% y un 50% de violaciones (Koss, 1985). Por ejemplo, en España se denuncian unos 15.000 ataques sexuales al año, lo que viene a representar entre un 5% y un 16% del total (Centro de Apoyo a Mujeres Violadas, 1985; Falcón, 1985; Fernández & Siurana, 1985). En muchas ocasiones las mujeres que sufren tales tipos de abusos no se identifican a sí mismas como víctimas de violación (Kahn, Mathie, & Torgler, 1994; Koss, 1985). Una de las razones por las cuales las mujeres no informan de tales delitos es debido a los estereotipos de género que subyacen a la violencia sexual. Los estereotipos sobre las víctimas de violación incluyen afirmaciones tales como “ella incitó a su agresor”, “interiormente disfrutó de la experiencia” o “miente sobre tal suceso”. Aquellas mujeres que sienten que estos estereotipos les son aplicados tienden, en menor medida, a reconocer y etiquetar la experiencia sufrida de violación o agresión sexual (Buddie & Miller, 2001).

Dada la importancia que dichos estereotipos tienen en las experiencias de las víctimas de violación, un gran número de estudios se han centrado en ellos, tratando de medir su impacto. Burt (1980) encontró que más de un 50% de adultos, seleccionados al azar, apoyaban una serie de actitudes relacionadas con las violaciones, actitudes tales como “en la mayoría de las violaciones, la víctima era una promiscua o tenía una mala reputación”, creencias que sirven para justificar la violación y culpabilizar a la víctima antes que al agresor. Burt denominó estos estereotipos sobre las víctimas “Mitos sobre la violación” y los definió como “prejuicios, estereotipos o falsas creencias sobre las violaciones, las víctimas y los agresores”. Más tarde, Lonsway y Fitzgerald (1994) los definieron como “actitudes y creencias, generalmente falsas pero amplia y persistentemente mantenidas, las cuales sirven para justificar las agresiones sexuales que los hombres cometen contra las mujeres”. Las creencias en los mitos pueden llevar a los hombres a justificar la violencia sexual y a las mujeres a negar la vulnerabilidad personal a las violaciones.

La aceptación de estos mitos se ha asociado normalmente con factores de personalidad (aceptación de violencia interpersonal, etc.) y demográficos (género, raza, edad, etc.). Por ejemplo, un hallazgo consistente en la literatura es que los hombres tienden a aceptar los mitos sobre la violación más que las mujeres. Debido a que la mayoría de las víctimas de violación son mujeres, los hombres se sienten diferentes del grupo de víctimas y de este modo tienden a presentar una mayor propensión a adoptar dichos mitos (Giacopassi & Dull, 1986; Gilmartin-Zena, 1988).

Estas creencias relacionadas con la comprensión y aceptación de las agresiones sexuales pueden estar también relacionadas con la mala interpretación de los intentos y acercamientos sexuales. Afirmaciones como “una mujer que va a la casa o al apartamento de un hombre en su primera cita está dispuesta a tener relaciones sexuales con él” o “cuando las mujeres van sin sujetador y llevan minifaldas y camisetas estrechas están buscándose problemas” (Burt, 1980) sugieren que aquellos individuos que las apoyan tenderán con mayor probabilidad a interpretar como disponibilidad sexual las señales ambiguas emitidas por las mujeres.

Por ejemplo, Kowalsky (1993) encontró que la aceptación de los mitos sobre las violaciones y el género interactuaban de forma significativa, de tal forma que aquellos hombres que mantenían una fuerte aceptación de mitos en torno a las agresiones sexuales percibían las conductas cotidianas presentes en una cita en términos más sexuales que aquellos hombres que puntuaban bajo o aquellas mujeres que puntuaban alto o bajo en la aceptación de mitos sobre la violación.

Uno de los mitos más extendido es la creencia de que normalmente los violadores son personas desconocidas para las víctimas que tienden a ser atacadas en lugares solitarios. Diferentes investigaciones sin embargo permiten desmitificar tal creencia. Por ejemplo, Gross, Winslett, Roberts y Gohm (2006) encontraron que en una muestra de mujeres universitarias estadounidenses de edad comprendida entre los 17 y 25 años, el 41,1% de las agresiones sexuales fueron cometidas por la pareja de la chica, el 29,7% por algún amigo y el 21,1% por algún conocido; tan sólo el 5,2% de las agresiones fueron cometidas por un desconocido. En otros países la situación es semejante; por ejemplo, datos de Israel apuntan que únicamente el 16,3% de las agresiones sexuales son cometidas por extraños, mientras que el 83,7% son perpetradas por personas conocidas por la víctima.

Otras creencias erróneas sobre las agresiones sexuales se refieren a las consecuencias psicológicas del trauma de la violación, creencias que conllevan la atribución de menores consecuencias traumáticas a las víctimas agredidas por un conocido o familiar que a las agredidas por un extraño (Frese, Moya & Megías, 2004).

En estudios llevados a cabo en España también se han puesto de manifiesto la existencia de estos mitos o falsas creencias sobre las agresiones sexuales. Trujano y Raich (2000), con una muestra compuesta por 863 estudiantes de la Universidad Autónoma de Barcelona, demostraron la gran influencia de los mitos en las respuestas emitidas por los participantes ante escenarios de violación, obteniéndose una mayor atribución de culpabilidad a la víctima cuando ésta era una mujer “poco respetable” (término asociado a atuendos poco convencionales o comportamientos contrarios a los roles tradicionales de género). Igualmente observaron que el hecho de no oponer resistencia al ataque suscitaba en los

observadores juicios tales como que ella no deseaba evitar la violación y que seguramente le resultó placentera.

Sipsma, Carrobles, Montorio y Everaerd (2000) también llevaron a cabo un estudio con una muestra de universitarios españoles, en este caso de la Universidad Autónoma de Madrid. Su principal objetivo fue analizar tanto las actitudes de los estudiantes hacia el sexo forzado como las experiencias reales de agresión sexual de los varones hacia las mujeres dentro del campus universitario. En dicha investigación participaron 412 estudiantes, quienes en varias sesiones mostraron su grado de aceptación del sexo forzado en una serie de escenarios que presentaban violaciones hipotéticas. Los resultados de este estudio revelaron que la aceptación del sexo forzado se relacionaba significativamente con el sexo, curso y experiencias previas de agresiones sexuales. En torno a un 17,5% de los varones frente al 6,3% de las mujeres, aceptaban el sexo forzado en más de una de las situaciones planteadas. Resulta llamativo, no obstante, que en este estudio los participantes apenas aceptasen algunos mitos como que la mujer, bajo ciertas circunstancias, desea mantener relaciones sexuales aunque haya manifestado expresamente su rechazo, a diferencia de los resultados encontrados con muestras norteamericanas. Estas diferencias parecen indicar que los mitos en torno a las violaciones no son uniforme ni ampliamente aceptados por la cultura europea.

Frese, et al. (2004) llevaron a cabo un estudio con estudiantes universitarios en el que investigaron cómo la interacción entre la aceptación de los denominados “mitos sobre la violación” y los factores situacionales influían sobre los juicios que los individuos emiten sobre la responsabilidad de las víctimas y la intensidad del trauma que éstas sufren como consecuencia de una violación. En este caso la muestra estuvo compuesta por 182 estudiantes y los resultados mostraron que aquellas personas con alta aceptación de mitos tendían a atribuir una mayor responsabilidad a la víctima, estimaban el trauma que ésta sufría como menos severo y eran menos propensas a recomendarle que denunciara. De igual forma, observaron que cuando las características de la situación eran ambiguas los hombres con alta aceptación de mitos, en comparación con las mujeres, tendían a justificar o apoyar en mayor medida la comisión de la agresión sexual.

Algunas investigaciones han intentado estudiar conjuntamente las influencias del alcohol y de los mitos en la valoración de las agresiones sexuales que se cometen en población universitaria (p.e. Abbey, McAuslan, & Ross, 1998; Harrington & Leitenberg, 1994; Koss, 1998; Miller & Marshall, 1987). Ejemplo de ello es el estudio llevado a cabo por Abbey y Harnish (1995) en el que a 422 universitarios se les mostró un escenario ficticio que representaba una interacción entre un hombre y una mujer, y que podía diferir en el tipo de bebidas que ambos ingerían, pudiendo ser éstas alcohólicas o no. Los investigadores encontraron que los participantes

masculinos percibían a la mujer con intenciones más sexuales que los participantes femeninos, especialmente aquellos hombres que presentaban puntuaciones altas en mitos sobre la violación. Por otro lado, cuando hombre y mujer eran presentados ingiriendo ambas bebidas alcohólicas, la conducta de la mujer fue valorada como más apropiada que cuando sólo la mujer era presentada tomando bebidas alcohólicas.

CONCLUSIONES

Como se ha indicado a lo largo del presente trabajo, la violencia sexual es un fenómeno que se registra en diferentes países y generalmente con una alarmante incidencia y prevalencia. Aunque los actos de violencia sexual pueden ser muy variados y producirse en circunstancias y ámbitos muy distintos (p.e. violación en el matrimonio, agresión sexual por parte de desconocidos, violación sistemática durante los conflictos armados) es muy frecuente en la adolescencia y en la juventud. De hecho, los estudios realizados con muestras universitarias han revelado que una alta proporción de experiencias sexuales no deseadas ocurren en esta franja de edad, encontrándose que muchas de estas agresiones suelen ocurrir en citas (e.g. Abbey, et al. 1996a) o encuentros casuales (Lambert, Kahn, & Apple, 2003; Paul & Hayes, 2002).

El alcohol es uno de los factores que parece guardar una estrecha relación con la ocurrencia de agresiones sexuales entre universitarios. Muestra de ello son los datos que reflejan que su consumo está asociado con al menos el 50% de los abusos sexuales cometidos en esta franja de edad. Así, aproximadamente la mitad de las agresiones sexuales son cometidas por hombres que previamente habían ingerido alcohol, mientras que, en el caso de las mujeres, entre un 30% y un 79% declaran haber ingerido alcohol al mismo tiempo que su agresor.

La literatura ha tratado de explicar esta relación entre el uso-abuso de alcohol y la ocurrencia de agresiones sexuales, señalándose como posibles mecanismos el papel de las creencias sobre los efectos producidos por el alcohol, los déficits cognitivos que produce en quien lo ingiere y las creencias asociadas a los roles de género tradicionales. No obstante, es necesaria cierta cautela al analizar el rol del alcohol en la incidencia de las agresiones sexuales, ya que su ingesta por parte de la víctima y/o del agresor tiende a interactuar con otras variables situacionales, conductuales y del agresor (agresividad del perpetrador, aceptación de mitos sobre la violación, resistencia de la víctima, situaciones sociales de riesgo, etc.)

Junto con el uso-abuso de alcohol, también se han relacionado con las agresiones sexuales algunas variables ideológicas. Entre ellas se encuentran los denominados mitos o creencias erróneas sobre la violación, definidos como “prejuicios, estereotipos o falsas creencias sobre las violaciones, las víctimas y los agresores” (Burt, 1980) y

que suelen traducirse especialmente en el caso de los hombres en una mayor justificación de la violencia sexual, exoneración del agresor y culpabilización de la víctima. Estos mitos a su vez pueden que interactúen y/o ayuden a explicar la relación entre agresiones sexuales y uso-abuso del alcohol.

Por último, es conveniente señalar algunas limitaciones de la literatura sobre estas relaciones entre agresiones sexuales en población universitaria, mitos y uso-abuso del alcohol. En ese sentido, hay que recordar que la mayoría de las investigaciones se han realizado con estudiantes universitarios norteamericanos, lo que disminuye evidentemente la posibilidad de generalizar los resultados a contextos socioculturales diferentes. Asimismo, se echa en falta una mayor presencia en las investigaciones de metodologías cualitativas de recogida de datos, que completen la información mayoritariamente recogida mediante cuestionarios de opciones cerradas de respuesta. Y finalmente, estimamos necesario profundizar aún más en los posibles efectos moduladores y/o mediadores de las creencias (mitos), en la relación entre uso-abuso del alcohol y agresiones sexuales.

REFERENCIAS

- Abbey, A. (1991). Acquaintance rape and alcohol consumption on college campuses: How are they linked? *Journal of American College Health*, 39, 165-169.
- Abbey, A. (2002). Alcohol-related sexual assault: A common problem among college students. *Journal of Studies on Alcohol*, 14(Suppl.), 118-128.
- Abbey, A., & Harnish, R. J. (1995). Perception of Sexual Intent: The role of gender, alcohol consumption, and rape supportive attitudes. *Sex Roles*, 32, 297-313.
- Abbey, A., McAuslan, P., McDuffie, D., Ross, L.T., & Zawacki, T. (1995). *Alcohol expectancies regarding aggression, sexuality, and sexual vulnerability: Self versus other*. Paper presented at the Annual Meeting of the American Psychological Society, New York.
- Abbey, A., McAuslan, P., & Ross, L.T. (1998). Sexual assault perpetration by college men: the role of alcohol, misperception of sexual assault intent, and sexual beliefs and experiences. *Journal of Social and Clinical Psychology*, 17, 167-195.
- Abbey, A., Ross, L.T., & McDuffie, D. (1994). Alcohol's role in sexual assault. En R. R. Watson (Ed.), *Drug and alcohol abuse reviews. Addictive behaviors in women*, vol. 5 (pp. 97-123). Totowa, NJ: Human Press.
- Abbey, A., Ross, L.T., McDuffie, D., & McAuslan, P. (1996a). Alcohol and dating risk factors for sexual assault among college women. *Psychology of Women Quarterly*, 20, 147-169.
- Abbey, A., Ross, L.T., McDuffie, D., & McAuslan, P. (1996b). Alcohol, misperception, and sexual assault: how and why are they linked? En D. M. Buss, y N.

- Malamuth (Eds.) *Sex, power, conflict: evolutionary and feminist perspectives* (pp. 138-161). New York: Oxford University Press.
- Bell, R., Wechsler, H., & Johnston, L.D. (1997). Correlates of college student marijuana use: Results of a U.S. national survey. *Addiction*, 92, 571-581.
- Benson, D., Charlton, C., & Goodhart, F. (1992). Acquaintance rape on campus: A literature review. *Journal of American College Health*, 40, 157-165.
- Brown, S.A., Goldman, M.S., Inn, A., & Anderson, L.R. (1980). Expectations of reinforcement from alcohol: Their domain and relation to drinking patterns. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 48, 419-426.
- Buddie, A.M., & Miller, A.G. (2001). Beyond rape myths: a more complex view of perceptions of rape victims. *Sex Roles*, 45, 139-160.
- Bureau of Justice Statistics (1995). *Criminal victimization in the United States*. Washington, DC: U.S. Department of Justice.
- Burt, M.R. (1980). Cultural myths and supports for rape. *Journal of Personality and Social Psychology*, 38, 217-230.
- Byers, S., Sears, H., Whelan, J., & Saint-Pierre, M. (2000). *Dating Violence Amongst New Brunswick Adolescents: A Summary of Two Studies*. Fredericton: University of New Brunswick, Muriel McQueen Ferguson Centre for Family Violence Research.
- Campbell, J.C., & Soeken, K.L. (1999). Forced sex and intimate partner violence: effects on women's risk and women's health. *Violence Against Women*, 5, 1017-1035.
- Centers for Disease Control and Prevention (2000). *Dating violence*. National Center for Injury Prevention and Control.
- Centro de Apoyo a Mujeres Violadas (1985). *Carpeta de Información Básica sobre Violencia Sexual*. México: CAMVAC.
- Cooper, M.L. (2002). Alcohol use and risky sexual behaviour among college students and youth: Evaluating the evidence. *Journal of Studies on Alcohol*, (Suppl.14), 101-117.
- Cooper, M.L. (2006). Does drinking promote risky sexual behavior?: A complex answer to a simply question. *Current Directions in Psychological Science*, 15, 19-23.
- Crowe, L., & George, W.H. (1989). Alcohol and human sexuality: Review and integration, *Psychological Bulletin*, 105, 375-386.
- Crowell, N.A., & Burgess, A.W. (1996). *Understanding violence against women*. Washington, DC: National Academy Press.
- DeKeseredy, W.S., Schwartz, M.D., & Tait, K. (1993). Sexual assault and stranger aggression on a Canadian university campus. *Sex Roles*, 28, 263-277.
- Douglas, K.A., Collins, J.L., Warren, C., Kann, L., Gold, R., Clayton, S., et al. (1997). Results from the 1995 National College Health Risk Behavior Survey. *Journal of American College Health*, 46, 55-67.
- Dull, R.T., & Giacopassi, D.J. (1987). Demographic correlates of sexual and dating attitudes. *Criminal Justice and Behavior*, 14, 175-193.
- Ellsberg, M.C. (1997). *Candies in hell: domestic violence against women in Nicaragua*. Dissertation Thesis. Umeå, Umeå University.
- Falcón, L. (1985). La guerra: el machismo asesino. *Poder y Libertad. Revista Teórica del Partido Feminista de España*, 6, 10-12.
- Fernández, M., & Siurana, E. (1985). Víctimas de la violencia en el mundo. *Poder y Libertad. Revista Teórica del Partido Feminista de España*, 6, 34-50.
- Frese, B., Moya, M., & Megías, J.L. (2004). Social Perception of Rape: How rape myth acceptance modulates the influence of situational factors. *Journal of Interpersonal Violence*, 19, 143-161.
- Frinter, M.P., & Rubinson, L. (1993). Acquaintance rape: The influence of alcohol, fraternity membership and sports team membership. *Journal of Sex and Therapy*, 19, 272-284.
- George, W.H., Cue, K.L., Lopez, P.A., Crowe, L.C., & Norris, J. (1995). Self-reported alcohol expectancies and postdrinking sexual inferences about women. *Journal of Applied Social Psychology*, 18(15), 1259-1313.
- George, W.H., Gournic, S.J., & McAfee, M.P. (1988). Perceptions of post drinking female sexuality. *Journal of Applied Social Psychology*, 18, 1295-1317.
- George, W.H., Stoner, S.A., Norris, J., Lopez, P.A., & Lehman, G.L. (2000). Alcohol expectancies and sexuality: a self-fulfilling prophecy analysis of dyadic and behavior. *Journal of Studies on Alcohol*, 61, 168-176.
- Giacopassi, D.J., & Dull, R.T. (1986). Gender and racial differences in the acceptance of rape myths within a college population. *Sex Roles*, 15, 63-75.
- Gilmartin-Zena, P. (1988). Gender differences in students' attitudes toward rape. *Sociological Focus*, 21, 279-292.
- Granados, M. (1996). *Salud reproductiva y violencia contra la mujer: un análisis desde la perspectiva de género*. Nuevo León: Asociación Mexicana de Población.
- Greene, D.M., & Navarro, R.L. (1998). Situation-specific assertiveness in the epidemiology of sexual victimization among university women: A prospective path analysis. *Psychology of Women Quarterly*, 22, 589-604.
- Gross, A.M., Winslett, A., Roberts, M., & Gohm, C.L. (2006). An examination of sexual violence against college women. *Violence Against Women*, 12, 288-300.
- Hakimi, M., Hayati, E.N., Marlinawati, V.U., Winkvist, A., & Ellsberg, M. (2001). *Silence for the sake of harmony. Domestic violence and health in Central Java, Indonesia*. Yogyakarta: Rifka Annisa Women Crises Center.

- Harrington, N.T., & Leitenberg, H. (1994). Relationship between alcohol consumption and victim behaviors immediately preceding sexual aggression by an acquaintance. *Violence and Victims*, 9, 315-324.
- Instituto Nacional de Medicina Legal y Ciencias Forenses (2008). *Boletín Estadístico Mensual*. Recuperado el 15 de Octubre de 2008 de http://www.medicinalegal.gov.co/index.php?option=com_wrapper&Itemid=323
- Kahn, A.S., Mathie, V.A., & Torgler, C. (1994). Rape scripts and rape acknowledgment. *Psychology of Women Quarterly*, 18, 53-66.
- Kalof, L. (1993). Rape-supportive attitudes and sexual victimization experiences of sorority and nonsorority women. *Sex Roles*, 29, 767-780.
- Kanin, E.J. (1984). Date rape: Unofficial criminals and victims. *Victimology*, 9, 95-108.
- Kanin, E.J. (1985). Date rapists: Differential sexual socialization and relative deprivation. *Archives of Sexual Behavior*, 14, 219-231.
- Kirkpatrick, C., & Kanin, E.J. (1957). Male sex aggression on a university campus. *American Sociological Review*, 22, 52-58.
- Koss, M.P. (1985). The hidden rape victim: Personality, attitudinal, and situational characteristics. *Psychology of Women Quarterly*, 8, 193-212.
- Koss, M.P. (1988). Hidden rape: sexual aggression and victimization in a national sample of students in higher education. In A. W. Burgess (Ed.), *Rape and sexual assault*, vol. 2 (pp. 3-25). New York: Gardland.
- Koss, M.P., Gidycz, C.A., & Wisniewsky, N. (1987). The scope of rape: Incidence and prevalence of sexual aggression and victimization in a national sample of higher education students. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 55, 162-170.
- Koss, M.P., & Oros, C. (1982). Sexual experiences survey: A research instrument investigating sexual aggression and victimization. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 50, 455-457.
- Kowalski, R.M. (1993). Inferring sexual interest from behavioral cues: Effects of gender and sexually relevant attitudes. *Sex Roles*, 29, 13-36.
- Krug, E.G., Dahlberg, L.L., Mercy, J.A., Zwi, A.B., & Lozano, R. (2002). *Informe Mundial sobre la Violencia y la Salud*. Recuperado el 15 de Octubre de 2008 de: http://www.paho.org/Spanish/Am/pub/Violencia_2003.htm
- Lambert, T.A., Kahn, A.S., & Apple, K.J. (2003). Pluralistic ignorance and hooking up. *Journal of Sex Research*, 40, 129-133.
- Leigh, B.C. (1987). Beliefs about the effects of alcohol on self and others. *Journal of Studies on Alcohol*, 48, 467-475.
- Lev-Wiesel, R. (2004). Male university students' attitudes toward rape and rapists. *Child & Adolescent Social Work Journal*, 21, 199-210.
- Lonsway, K.A., & Fitzgerald, L.F. (1994). Rape myths: In review. *Psychology of Women Quarterly*, 18, 133-164.
- Martin, S.L., Kilgallen, B., Tsui, A.O., Maitra, K., Singh, K.K., & Kupper, L.L. (1999). Sexual behavior and reproductive health outcomes: associations with wife abuse in India. *Journal of the American Medical Association*, 282, 1967-1972.
- Meier, R.F., & Miethe, T.D. (1993). Understanding theories of criminal victimization. In M. Tonry (Ed.), *Crime and justice: A review of research*, vol. 17 (pp. 459-499). Chicago, IL: University of Chicago Press.
- Messman-Moore, T., & Long, P.J. (2002). Alcohol and substance use disorders as predictors of child to adult sexual revictimization in a sample of community women. *Violence and Victims*, 17, 319-340.
- Miller, B., & Marshall, J.C. (1987). Coercive sex on the university campus. *Journal of College Student Personnel*, 28, 38-47.
- Mills, C.S., & Granoff, B.J. (1992). Date and acquaintance rape among a sample of college students. *Social Work*, 37, 504-509.
- Mohler-Kuo, M., Dowdall, G.W., Koss, M.P., & Wechsler, H. (2004). Correlates of rape while intoxicated in a national sample of college women. *Journal of Studies on Alcohol*, 65, 37-45.
- Mooney, J. (1993). *The hidden figure: domestic violence in north London*. London: Middlesex University Press.
- Mooney, D.K., Fromme, K., Kivlahan, D.R., & Marlatt, G.A. (1987). Correlates of alcohol consumption: Sex, age, and expectancies relate differentially to quantity and frequency. *Addictive Behaviors*, 12, 235-240.
- Mosher, D.L., & Anderson, R.D. (1986). Macho personality, sexual aggression, and reactions to guided imagery of realistic rape. *Journal of Research in Personality*, 20, 77-94.
- Muehlenhard, C.L., & Linton, M.A. (1987). Date rape and sexual aggression in dating situations: incidence and risk factors. *Journal of Counseling Psychology*, 34, 186-196.
- Neal, C.J., & Mangis, M.W. (1995). Unwanted sexual experiences among Christian college women: saying no on the inside. *Journal of Psychology and Theology*, 23, 171-179.
- Norris, J., & Kerr, K.L. (1993). Alcohol and violent pornography: Responses to permissive and nonpermissive cues. *Journal of Studies on Alcohol*, 11(Suppl), 118-127.
- Organización mundial de la Salud. (2006). *Estudio a fondo sobre todas las formas de violencia contra la mujer*. Informe del Secretario General. /A/61/122/ Add.1
- Organización Panamericana de la Salud. (2003). *Informe mundial sobre la violencia y la salud*. Washington, D.C.: Oficina Regional para las Américas de la Organización Mundial de la Salud.
- Paul, E.L., & Hayes, K.A. (2002). The casualties of "casual" sex: A qualitative exploration of the

- phenomenology of college students' hookups. *Journal of Social Personal Relationship*, 19, 639-661.
- Presley, C.A., Meilman, P.W., Cashin, J.R., & Leichter, J.S. (1997). *Alcohol and drugs on American college campuses: issues of violence and harassment*. Carbondale, IL: CORE Institute, Southern Illinois University at Carbondale.
- Presley, C.A., Meilman, P.W., & Leichter, J.S. (2002). College factors that influence drinking. *Journal of Studies on Alcohol*, (Suppl.14), 82-90.
- Rapaport, K.R., & Burkhart, B.R. (1984). Personality and attitudinal characteristics of sexually coercive college males. *Journal of Abnormal Psychology*, 93, 216-221.
- Ratliff, K.C., & Burkhart, B.R. (1984). Sex differences in motivations for and effects of drinking among college students. *Journal of Consulting and Clinical Psychology*, 51, 752-756.
- Richardson, D., & Campbell, J.L. (1982). Alcohol and rape: The effect of alcohol on attributions of blame for rape. *Personality and Social Psychology Bulletin*, 8, 468-476.
- Scully, D. (1991). *Understanding sexual violence: a study of convicted rapists*. Boston: Unwin Hyman.
- Seifter, S.A. (1999). Substance use and sexual assault. *Substance Use and Misuse*, 34, 935-945.
- Shotland, R.L., & Goodstein, L. (1983). Just because she doesn't want to doesn't mean it's rape: An experimentally based causal model of the perception of rape in a dating situation. *Social Psychology Quarterly*, 46, 220-232.
- Sipsma, E., Carrobbles, J.A., Montorio, I., & Everaerd, W. (2000). Sexual aggression against women by men acquaintances: attitudes and experiences among Spanish university students. *The Spanish Journal of Psychology*, 3, 14-27.
- Slashinski, M., Coker, L.A., & Davis, E.K. (2003). "Physical Aggression, forced sex, and stalking victimization by a dating partner: an analysis of the national violence against women survey". *Violence and Victims*, 18, 595-617.
- Steele, C.M., & Josephs, R.A. (1990). Alcohol myopia: its prized and dangerous effects. *American Psychologist*, 45, 921-933.
- Stermac, L., Du Mont, J., & Dunn, S. (1998). Violence in know assailant sexual assaults. *Journal of Interpersonal Violence*, 13, 398-412.
- Testa, M., & Dermen, K.H. (1999). The differential correlates of sexual coercion and rape. *Journal of Interpersonal Violence*, 14, 548-561.
- Testa, M., & Parks, K.A. (1996). The role of women's alcohol consumption in sexual victimization. *Aggression and Violent Behavior*, 1, 217-234.
- Tjaden, P., & Thoennes, N., (1998). *Prevalence, Incidence and Consequences of Violence Against Women: Findings from the National Violence Against Women study*. Washington D.C.: National Institute of Justice and Centers for Disease Control.
- Trujano, P., & Raich, M. (2000). Variables socioculturales en la atribución de culpa a las víctimas de violación. *Psicothema*, 12, 223-228.
- U.S. Bureau of the Census. (1996). *Statistical abstract of the United States: 1996*. Washington, DC: U.S. Bureau of the Census.
- Ullman, S.E. (2003). A critical review of field studies on the link of alcohol and adult sexual assault in women. *Aggression and Violent Behavior*, 8, 471-486.
- Ward, T., Keenan, T., & Hudson, S.M. (2000). Understanding cognitive, affective, and intimacy deficits in sexual offenders: a development perspective. *Aggression and Violent Behavior*, 5, 41-62.
- Wood, M.D., & Sher, K.J. (2002). Sexual assault and relationship violence among college students: Examining the role of alcohol and other drugs. In C. Wekerle & A.M. Wall (Eds.), *The violence and addiction equation: Theoretical and clinical issues in substance abuse and relationship violence* (pp. 169-193). New York: Brunner-Routledge.